

do su corazón por la lengua, convirtió su razonamiento á los circunstantes; y despues de pedir perdon de sus malos exemplos, y mal empleada vida, prorrumpió en la siguiente humilísimá expression, que á todos hizo vertir tiernas lagrimas: *Yo deseaba morir, y acabar la vida en un Monte entre los brutos, y las fieras, y no en este Santo Lugar; pero Hagáse en mí la voluntad de Dios. Aparejado está, Señor, mi corazón, aparejado está.* Con esto, quedó con una altíssima quietud, para gozar con sosiego los abrazos, y dulces osculos del Sacramentado Señor, agradeciendole tan singular beneficio, en circunstancias tan conocidas de estar ya su muerte tan proxima, segun iré continuando.

## CAPITULO ULTIMO.

Commocion universal de la Imperial Ciudad de Mexico con la noticia de la peligrosa enfermedad de el V. P. Fr. Antonio: Su feliz muerte, y magnificentiísimo Entierro: Fama de sus virtudes, y clamores de su Santidad.

**D**ivulgada la voz por Mexico del proximo peligro en que se hallaba el V. P. Margil, comenzó este á ser el comun assumpto en los Conventos, Casas, Calles, Plazas, y Tiendas, con dolorosas demostraciones de aquellos nobles Ciudadanos. Unos hablaban de los innumerables Infeles; que con sus Apostolicos afanes avia reducido al gremio de la Catholica Iglesia. Otros hacian memoria de las Turbas de pecadores, que con las actividades de su zelo, se avian retirado de sus escandalosas diversiones, y avian reformado sus vidas. Otros se lamentaban de la horfandad en que quedarían muchísimas almas justas, que con sus sabias direcciones, cobraban frequentemente nuevos alientos, para aspirar á ser mas perfectas.

fectas. Y otros, por fin referian varias portentosas maravillas, que por su medio avia obrado el Altísimo. Todos quisieran darle la vida, á no ser tan severa exactora la muerte, que á nadie atiende, ni escucha, y de ninguno se compadece por mas que se quexen los corazones, clamen las familias, y lloren los Reynos. Fueron á visitarle Personas de todas Gerarquias, arrastradas de la fama de su virtud, de su benigno trato, de su dulce estilo, y de sus santos exemplos. En las Religiosas Comunidades se ofrecian á Dios fervorosas oraciones por su inminente riesgo. Las RR. Señoras Capuchinas doblaron sus penitencias, por redimir, si possible fuesse, su vida, á costa de mortificaciones. Del Convento de San Juan de la Penitencia le embiaron el Milagroso Simulacro del Niño JESUS; y teniendole algun tiempo en sus brazos, renovò del Anciano Simeon los afectos, con mucha ternura, y devotas lagrimas. De Santa Clara le llevaron la devotíssima Imagen de nuestra Señora de los Remedios, y despues de detenerse por algun espacio en su presencia en amorosos deliquios, oyeron algunos, que le dixo al despedirse: *Hasta mañana.* Expression, que por averla proferido en la vispera de su tránsito, hizo sospechar que tuvo luz de la hora de su muerte.

En este dia, que fué el cinco de dicho mes, se congregaron sus afligidos Compañeros, y ahogando los suspiros en sus pechos, le rogaron que les diese su ultima bendición: Y despues de darles el Siervo de Dios las gracias por la puntualidad, y esmero con que le avian ayudado, les encargò que no descaeciessen en lo venidero, ni desamparassen el Instituto. Crecia la fiebre por instantes, poniendole cadavericos los colores, y le administraron el Santo Sacramento de la Extrema-Unción, con la misma solemnidad que el Viático. Recibióla en su entero acuerdo, atendiendo á las devotísimas deprecaciones, que usa el Manual Franciscano: Y lleno de confianza en la piedad Divina, sin cessar de acrisolar meritos con la paciencia, sin desatar su voz en una queixa, en medio de



tan agudas punzadas, como le ocasionaba el dolor, cruzando las manos, y elevando al Cielo los ojos, repetía en Idioma Latino el referido verso de David: *Aparejado está, Señor, mi corazón, aparejado está.* Amaneció el siguiente día, que es el de la Transfiguración del Señor, á seis del expressado Agosto, y reconociéndose tan cercano al momento en que avia de ser transportado del desierto de este Mundo, á la felicidad de la Patria, al mismo tiempo que los Religiosos le recomendaron en distintas ocasiones el alma, eran sus amorosos coloquios mas encendidos, y los deseos de desatarse de las prisiones de la carne con mas anhelo. Ocuparonle á ratos algunos delirios, en que á más de dar seguras muestras de la buena disposicion de su alma en santas respiraciones de edificacion, y exemplo, rebozaba su corazón lleno de Apostolico zelo, en las Evangelicas empresas de su Ministerio afanoso, con tanta propiedad, y fervor, como si se hallara en el Confessionario, y Pulpito. Bien, que nunca se llegó á privar del todo, pues respondía á los que le llamaban, contestaba á lo que le decian, y pedía, si algo necesitaba.

De esta conformidad, llegó hasta la una y media de la tarde, alternando dulces ternuras, y virtuosos semiembargos de la razon. Y siendo ya vehementísimos los indicantes, con que su descaecida naturaleza mostraba la proximidad de su último suspiro, se llegó el Enfermero al V. P. y le dixo: *Ya es tiempo de ir á ver á Dios.* Hizo al punto inclinacion con la cabeza, como quien recibia este aviso con gustosa voluntad, y entró en el último conflicto. Entendió el Credo el Vicario de Coro, y continuó el canto aquella Venerabilísima Comunidad con la tierna devocion, y afectuosa pausa que acostumbra en tales lances: Sin parecer que el bendito Padre agonizaba, sino que dormía, segun la tranquilidad, y paz con que se arrancaba su triunfador espíritu, para volar á su centro. Y al entonar el Cantic: *Nunc dimittis Servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace,* dió su feliz alma al

Se-

Señor, exhalandola con un suavísimo aliento, abrazado con una Imagen de Christo Crucificado, y quedando con los ojos abiertos, tan claros, y transparentes, que parecía avian robado la luz á dos Estrellas. Cayó por fin la inocente vida del V. P. Fr. Antonio Margil de Jesus, honor immortal de el Evangelico Instituto, y luminoso Espejo de la vida Apostolica: El que por sus heroicas virtudes se mereció el timbre de Misionero Santo, y por su infatigable espíritu se conquistó el gran renombre de Apostol. Murió en un Martes á seis de Agosto del año de mil setecientos y veinte y seis, poco antes de las dos de la tarde, á tiempo que contaba setenta años menos doce dias de edad, y de Abito cincuenta y tres, y tres meses: En que fueron mas sus meritos, que sus passos, aviendo vivido siempre en un movimiento continuo, ocupado en virtuosos, y santos ejercicios, y en admirables, y singulares proezas.

Hizo reseña, á las tres de la tarde misma, la Santa Iglesia Cathedral, soltando el funesto doble, y al punto correspondieron con dolorosos ecos todos los Conventos de la Religion, poblando al ayre de luto, de palidez los semblantes, los animos de tristeza, y de angustia á los corazones. Así que el clamor de los bronces dió tan triste aviso á los Mexicanos, acudian en confuso tropel á nuestro Convento Personas de todos estados, y esferas, voceando los Niños por las calles, que avia muerto el Santo Padre Margil, y sin escrupulizar los mas circunspectos, en llamarle sin rebozo Varon Santo. Amortajado el Venerable Cadaver, fué colocado en la Capilla de la Enfermeria, con asistencia continua de muchos Religiosos, por precaver qualquier abanze de la piedad indiscerta. Así que se abrieron las puertas, para que pudiesse ser visto del inmenso Pueblo, se arrojó el devoto concurso sobre él, para besarle los pies, y manos; y con ansia de coger algo por reliquia, no solo le cortaron varios pedazos del Santo Abito, sino que los que no pudieron conseguirlo, se

Aa 2

par-



partieron para la Celda en que avia muerto, llevándose los pañizuelos, que en su enfermedad le avian aplicado, y las vasijas, que avian servido para las bebidas, y unturas. Reconociendo el Prelado Superior de aquella observantissima Provincia, que la inundacion del Gento crecia por instantes, y que todos quantos iban á ver al difunto Padre, pedian algo que huviesse servido á su uso, procurò sossegar el impaciente murmullo, repartiendo entre los mas principales algunas de las pobres alhajas del Siervo de Dios, que avia retenido en si, teniendo presente este lance desde el dia antes que muriessse: Mandando expressamente á sus Compañeros, que no reservassen alguna, y á sus Subditos, que ninguno ocultasse la mas minima. Pero viendo que por momentos eran mas eficaces las instancias de todos para este mismo fin, y que sin poderlo resistir los Religiosos, le huvieron de mudar la mortaja; temeroso de que fuesse el saqueo mas indifereute, hizo bajar el bendito Cuerpo á la Iglesia, y cerradas las puertas de hierro de la Capilla mayor, se intentó obviar en parte á estos piadosos excessos, y satisfacer á la devocion del impetuoso tumulto, que deseaba verlo con ansias.

Amaneciò el Miercoles, á siete de Agosto, y esparcida por la Ciudad esta noticia, fuè tanto mayor la concurrencia, que formaba continuas olas la multitud en las Calles, Compas, Claustros, Corredores, y Templo: De modo, que fuè preciso poner guardas de los Soldados de Palacio, y doblar los Religiosos asistentes, para que defendiessen la integridad del Cadaver. Con todo, fuè tan inutil esta defensa para resistir á tanto golpe de Gente, que se abanzaron en repetidas ocasiones al tumulto, arrancandole á pedazos el Santo Abito. De suerte, que fuè menester que lo amortajassen varias veces; y á no aver estado las centinelas tan vigilantes, es de creer, que huviera padecido el Cuerpo algun destrozo. Hacian piadosa manifestacion de tan devoto aprecio, no solo la Gente popular con la mas distinguida nobleza, sino tambien in-

numerables Sacerdotes Seculares, y Regulares, especialmente Jesuitas, y Carmelitas; y entre estos, los mas condecorados, y literatos, con otros muchos de autoridad, y caracter. Llegaron estas demostraciones á tanto extremo, que yá le pareció excesso al Prelado de aquella Santa Provincia; y queriendo atajar con prudentes razones lo que yá se le figuraba especie de indebido culto, desvaneciò sus temores un Eclesiastico Venerable, diciendole con religiosa modestia: M. R. P. yá sabemos hasta donde podemos llegar, sin propalarnos en tan delicado punto.

Los que no podian conseguir algun retrazo de su bendita Mortaja, pedian algunas flores de las que adornaban la Tumba. Otros tocaban inmensas Medallas, y Rosarios á sus pies, y manos. Las mas de las Señoras entregaban delicados pañuelos, suplicando humildemente, que se los bolviessen despues de conseguir tan precioso, y deseado contacto. Y para abreviar, no se tenia por dichoso el que no doblaba la rodilla, y besaba con reverencia sus pies, con aquellas expresiones de aplauso, y demostraciones de rendimiento, que nunca supieron merecer, ni la soberbia del Mundo, ni la autoridad del mando. Quedó el bendito Cuerpo flexible, sin mal olor, y sin los horrores de la mortalidad, hasta que le dieron sepultura, que fuè el dia tercero de su muerte, conservando en todo este tiempo mucho del temperamento nativo: Y segun relacion del Enfermero Fr. Juan de Caravajal, sudò despues de muerto en tanta copia, que le corriò el sudor por el pecho, y permaneciò caliente hasta el Sepulchro. Pero lo que al parecer robò mas el respeto, y admiracion de los concurrentes de todas classes, fuè la particularidad de aquellos Apostolicos pies, que teniendolos llenos de callos, por los millares de leguas, que transitò pisando la tierra descalzo los tenia tan tiernos, blandos, y muelles, como si fueran de una criatura innocente. Por manera, que reconociendo este prodigio algunos Sagetos de la primera circunspeccion, y nombre, y entre estos el V. P. Juan Antonio de Oviedo, de



de la siempre Inelyta Compañia de Jesus, no pudieron menos que exclamar en aquellas palabras de Isaías, que repite San Pablo á los Romanos: *O, quan hermosos son los pies de los que Evangelizan la paz.* Conspira á esta prodigiosa congettura el Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Carlos de Bermudez, y Castro, meritissimo Arzobispo de Manila, que á la sazón se hallaba en Mexico, esperando oportunidad para embarcarse, y aprobò el primer Sermon Funeral, que predicò en aquella Corte el V. P. Fr. Juan Lopez de Aguado. Y dirigiendo su razonamiento á este Insigne Orador, muy digno de sus ilustres aplausos, despues de protestar, que no quiere disculparle el que se desentendiesse en su oracion de la singularidad, que todos observaron en los pies del Religioso Cadaver, admirandolos tan dociles, tan tratables, tan hermosos, y sin ruga alguna, prosigue de esta manera: *Pies, que anduvieron tantos millares de leguas, tan descalzos, y fatigados en los caminos, tan endurecidos en los pedregales, tan enlodados en los pantanos, tan quebrantados en las Montañas, tan lastimados en los peñascos, y tan ensangrentados en los espinos, como todos sabemos, parece prodigio, más que contingencia; pues muchas veces el Señor se digna manifestar assi su acceptacion, como la predicacion de San Antonio, en la incorrupcion de su lengua, y la limosna de San Estevan Rey, en la incorrupcion de su brazo.*

Hallandose gravemente aquejada por este tiempo Maria Teresa Tello, Muger legitima de Juan Francisco Hernandez, por averla maleficiado una India, segun relacion de la paciente, fuè á vér el difunto Cuerpo del Siervo de Dios; y aviendo conseguido el poder besarle los pies, le pidió la salud conveniente, y muy en particular la espiritual, alcanzandole de Dios nuestro Señor, que la sacasse de sus pecados. Fuesse para su casa, y aquella noche le repitió con tanta vehemencia el accidente, que se quedó sin vista, y oído; y huvieron de llamar los domesticos á un Padre del Oratorio del Señor San Phelipe Neri, para que la confesasse, con pocas, ó ningunas es-

pe-

peranzas en lo humano, de que su enfermedad tuviesse remedio. En medio de estas ansias, se acordó la expressada Maria del V. P. Fr. Antonio Margil, y bolviendose á encomendar con piadosa creencia á su intercession, cogiendo en su mano un pedacito de Cuerda, que un Religioso de N. P. San Francisco avia tocado al bendito Cadaver, no solo consiguió la salud corporal, sino que quedó al mismo tiempo con gran serenidad en su alma: Duplicado beneficio del Cielo, que atribuyò la enferma al patrocinio del Siervo de Dios, segun declaró juridicamente ante el Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Juan Ignacio Maria de Castorena, y Urfa, Obispo de Yucatàn, que por entonces era Provisor de Naturales, y Chinos.

No fuè menos la aclamacion de su Santidad, que tuvo este gran Siervo de Dios, en los dozeles del Real Palacio: Motivo porque el Excmo. Sr. Marqués de Casafuerte D. Juan de Acuña, Virrey, Gobernador, y Capitan General de esta Nueva-España, diò orden para que se juntasse Real Acuerdo el referido dia siete de Agosto, para determinar la lustrosa pompa de su Entierro. En cuya atencion respondieron á una voz todos aquellos magnificos Señores, que por quanto el V. P. Fr. Antonio Margil de Jesus se avia ocupado por mas de quarenta y tres años tan gloriosamente, y con tan ardiente zelo en servicio de ambas Magestades, en estos Reynos, mandaban, y mandaron, que se assistiesse á sus Funerales Honras por aquella Real Audiencia, en la misma conformidad, que se assiste á los de los Ministros Togados de ella: Y que para ello se diesse aviso á los Tribunales, segun costumbre. En esta consecuencia, trasladado el bendito Cadaver el dia ocho por la mañana, desde la Capilla mayor de la Iglesia, á la espaciosa, y capacissima Sacristia, passaron desde el Real Palacio al Convento de N. S. P. San Francisco, su Exciá. y los Señores Oidores, con los demás que componen el Real Tribunal de cuentas, Oficiales de la Real Hacienda, Contadores de Reales Tributos, y Alcabalas, Corregidor, Alcaldes, y demás Juezes, y Per-

so-



sonados del Regimiento de aquella Corte: Y despues de aver tomado asiento en la referida pieza, fueron el V. Dean, y Cabildo de aquella Santa Metropolitana Iglesia, debajo de su Cruz, con asistencia de su Capilla de Música, Acólitos, Infantes, Capellanes de Coro, Curas de su Sagrario, y demás Parrochias, y se dió principio á la Funeral Funcion, que en todo procuró fuesse lucida aquel Ilustrissimo Cabildo. Asistieron tambien á ella las Venerables Comunidades de las Sacratísimas Religiones de N. P. Santo Domingo, de S. Augustin, de nuestra Señora del Carmen, de nuestra Señora de la Merced, las de todos los Colegios de la Compañia de Jesus, la de San Juan de Dios, la de la Charidad, y Compañia Bethlemítica, y la de la Santa Descalcez, incorporada con la de la Serafica Regular Observancia, con muchos Colegiales, y Seminaristas, Cofradias, la Venerable Orden Tercera, y la mayor parte de la Nobleza de aquella Ciudad Populosa: En tanto numero de concurrentes de todos sexos, y estados, que á juicio de varios Sugetos de autoridad, jamás se ha visto en Mexico tan numeroso concurso. Comenzó el doble general de la Santa Metropolitana, Parrochias, Conventos, Monasterios, y demás Iglesias: Y acabado el Responso, que entonó la Capilla de Música, haciendo Oficio de Preste el Sr. Dean Dr. D. Antonio de Villa-Señor, y Monroy, fué saliendo la Proceßion en toda forma por el Claustro, Portería, y Patio, por la calle del Colegio de San Juan de Letran, dando buelta por la que llaman calle de San Francisco, para que el inmenso Gentio tuviesse el consuelo de vér al difunto Padre. Cargaron su Venerable Cuerpo los Señores Prebendados de aquella Santa Metropoli, los M. RR. PP. Prelados de las Sagradas Religiones, y los muy Ilustres Regidores de aquella Nobilissima Ciudad, procurando dár todos el mas lucido lleno, con alternativos obsequios á esta Funebre magestuosa pompa, que la hizo mas ostentosa la inmensa multitud de luces.

Llegados, que fueron á la Iglesia, fué colocado el bendito

dito Cadaver sobre una tarima, en la Capilla mayor, y concluida la Vigilia por la Capilla de Musica, cantó la Missa el Ilmo. Sr. D. Juan Ignacio de Castorena, y Ursua, Chantre á la sazón de la Santa Metropolitana; asistiendole de Diacono el Mró. D. Juan Hernando de Gracia, y de Subdiacono el Lic. D. Juan de Miñaca, ambos Prebendados de la misma Santa Iglesia. Luego que se acabó la Missa, se prosiguió el Entierro, haciendo el Oficio el expressado Dean con los referidos Diacono, y Subdiacono: Y á tiempo de dár sepultura al V. Cuerpo, lo bolvieron á cargar los mismos Prelados, y Regidores, dando el Cielo en todo abundantes muestras de lo que premió la insignissima humildad del memorable Difunto. Fué sepultado en el Presbyterio, al lado del Evangelio, en un Sepulchro de curiosa bobeda, que avian erigido para sí, y para sus descendientes, los Señores Condes del Valle de Orizava, D. Joseph Hurtado de Mendoza, y Doña Graciana de Vivero, que aun no se avia estrenado, y lo cedió su magnífica piedad á este gran Siervo de Dios. Tuvo por circunstancia rara el que quedasse colocado entre dos Infantes de la Ilustre Profapia de los Señores Condes, que se avian enterrado en otro nicho de la misma bobeda, como á caso, con que suavemente dispuso la Divina Providencia, que quien vivió como un Angel en la pureza, se acompañasse de Angeles en el Sepulchro.

Acabada la Funcion, que duró desde antes de las diez de la mañana, hasta la una de la tarde, salió la siempre Venerabilissima Comunidad del Convento de N. P. S. Francisco á dexar á la puerta de la calle al Excmó. Sr. Virrey, Real Audiencia, Tribunales, Cabildos Eclesiastico, y Secular, y Sagradas Religiones, agradecida sumamente al esmero con que se dignaron ilustrar las Exequias, y sepulchral honor de este su famoso hermano. Y á la verdad, que no parece pudiera aver hecho la piedad Mexicana mayores demostraciones, si en Mexico huviera muerto un San Francisco Xavier, un S. Antonio de Padua, ó algun otro de los Santos, que veneramos



mos en los Altares. Sacaronse varios Retratos del Siervo de Dios, á instancia de algunas Personas de caractèr, à vista del difunto Cuerpo, para que yà que el funesto polvo lo avia de quitar de la vista, quedàsse permanente su recuerdo en las delineaciones del lienzo. Pero aunque para esta piadosa diligencia, se solicitaron las manos mas exquisitas, no pudo ser tanta la valentia, y destreza del pincel, que sacàsse una copia, que se le pareciesse al Original perfectamente. No obstante, queda muy vivo en la memoria de todos el Retrato de sus virtudes, y de su Apostolica Vida: Y en unas planchas de estaño, que quedaron cerradas con llaves, en la misma caja forrada, en que quedò depositado el bendito Cuerpo, gravò la piedad una Incripcion en Idioma Latino, que traducida en nuestra vulgar, dice de esta manera:

AQUI ESTA SEPULTADO EL VENERABLE SIERVO DE DIOS, EL P. FR. ANTONIO MARGIL: MISSIONERO, PREFECTO, Y GUARDIAN DE LOS COLEGIOS DE PROPAGANDA FIDE DE LA SANTA CRUZ DE QUERETARO, DE CHRISTO CRUCIFICADO DE GUATEMALA, Y DE SANTA MARIA DE GUADALUPE, EREGIDOS EN ESTA NUEVA ESPAÑA: FUE FAMOSO EN VIRTUDES, Y ILUSTRE EN MILAGROS. MURIÒ EN ESTE CELEBRE CONVENTO DE MEXICO EL DIA SEIS DE AGOSTO DEL AÑO DEL SEÑOR DE MIL SETECIENTOS VEINTE Y SEIS.



PAR-



PARTE SEGUNDA  
DE LA VIDA  
DEL V. P. FR. ANTONIO  
MARGIL DE JESUS.

CAPITULO I:

De la heroica Fè, y Esperanza del V. P. Fr. Antonio, ilustradas con algunas de sus maximas, alentado espíritu, y admirables sucessos.



SIENDO CANONICA VERDAD EN PLUMA del Evangelista San Juan, que las obras de cada uno lo acompañan despues de muerto, serà razon, que aunque dexo debajo de la tierra el Cuerpo de nuestro Venerable Difunto, haga un breve disño de las admirables virtudes, que hicieron á su alma tan amable á los ojos de los hombres, y tan accepta en el Acatamiento Divino. Confieso lo arduo de la empresa, y que cotejada con el dibujo de la heroicidad de sus virtuosas acciones, seràn mas los defectos que los

Bb 2